

CAPITULO LX.

Profanacion.

DESPUES de celebrar algunas reuniones con el indicado objeto, acordaron negar toda clase de víveres á los españoles, aprovecharse de la ocasion para asesinar á los que fueran solos ó no pudieran defenderse por ir en menor número que sus adversarios, alejar á la familia de Juan Mateo, penetrar en su capilla, destruir las imágenes, enterrar los pedazos, acometer la fortaleza de la Concepcion, incendiarla y destruirla, matar á todos los españoles que habia en la Vega, y defenderla de la invasion de sus compatriotas cuando acudiesen á vengarlos.

El sentimiento religioso es el que más pronto arma el brazo de un pueblo.

Las páginas de la historia están ensangrentadas con las innumerables guerras que las creencias religiosas han suscitado en la humanidad.

No representa entónces cada soldado un número reunido á otro número para formar un guarismo considerable.

Cada soldado es allí una familia, un hogar.

No pelea el soldado por conquistar para su soberano un pedazo de tierra, por lavar la mancha que otra nacion ha arrojado en el honor nacional.

Tampoco le alienta la esperanza del botin.

Todos estos móviles son pequeños, mezquinos, delezna-

comparados con el que agita el brazo del guerrero, ora sea en los campos del Asia, cubierto con la blanca capa y la luz roja, ora en las ciudades de Alemania con la acerada cota de malla, ora en Francia durante la horrible noche de San Bartolomé, ora en España disputando paso á paso á la media luna sus conquistas de siete siglos.

En otras luchas, el guerrero que triunfa espera el premio en la corona de laurel que da el mundo.

En estas el soldado busca frenético la muerte, porque el premio que le aguarda es la gloria eterna.

Sabe que si muere, aunque deja una viuda, unos huérfanos, la Providencia será su amparo.

Sabe que su muerte será una ejecutoria para sus hijos y para su esposa.

¿Qué extraño es que la tímida oveja se convierta en egre-
gio leon?

Impulsados por estos sentimientos, se aprestaban los indios á realizar su plan.

Los víveres escaseaban ya.

Los pocos soldados que guarnecian la fortaleza de la Concepcion no se alejaban de ella.

La familia de Juan Mateo abandonó un dia la capilla para acudir á un falso llamamiento de su jefe.

Llegó la noche, y los caciques fueron penetrando en la choza sagrada para borrar las huellas que hubiesen dejado en ella los enemigos de su religion.

Todos fueron penetrando cautelosamente y colocándose en torno de las paredes formadas con yerba.

—¿Estamos todos? preguntó uno.

—No, faltó yo, dijo una voz.

Y al mismo tiempo se presentó entre los caciques Mayabonex.

Todos le miraron horrorizados.

La palabra *traicion!* asomó á sus labios.

Pero no se atrevieron á pronunciarla.

Conocian lo bastante á Mayabonex para comprender que, habiendo sido descubiertos, les esperaba un tremendo castigo.

Todos enmudecieron.

—¿Temblais? ¿enmudeceis? preguntó Mayabonex, paseando su brillante mirada por el cóncave. ¿Pensais que soy vuestro enemigo, habeis dudado de mí porque para asegurar mi venganza he fingido acceder á los ruegos de los extranjeros? No debia perdonaros; debia castigar vuestra duda, porque con ella me ultrajais. Pero nuestros brazos son pocos todavía, y no solo os perdono, sino que vengo á asociarme á vosotros.

Aquellas palabras asombraron á los caciques.

—¿Tú, dijo uno, tú vienes á ayudarnos?

—¿Aún lo dudais? Ved cuáles son mis intenciones.

Y dirigiéndose al altar, arrojó al suelo las imágenes.

Todos le miraron con una ansiedad indescriptible.

Blandiendo su macana, hizo mil pedazos aquellas efigies.

—¿Dudais ahora de mí? exclamó.

—No, no, gritaron todos. Perdónanos por la ofensa que te hemos hecho; pero para mostrarte nuestra sagacidad, escucha nuestros planes y sé tú quien nos guíe á realizarlos.

—Es inútil; conozco vuestros intentos. Las efigies yacen convertidas en pedazos, y para que no los encuentren los misioneros, vamos ahora mismo à enterrarlos profundamente en los alrededores de la cabaña. De aquí saldremos à reunir nuestras tropas para atacar el fuerte, y en breves dias, ó habremos muerto todos, ó habremos alejado para siempre á los extranjeros de nuestro suelo.

Sus órdenes fueron obedecidas.

Los caciques recogieron los fragmentos de las imágenes y los sepultaron en la tierra.

Dispuestos á dar el golpe, acordaron por consejo de Mayabonex aguardar la época en que debian guardar el tributo, porque entónces podian reunir gran número de indios sin excitar sospechas de ningun género.

Los españoles de la fortaleza de la Concepcion comprendieron que se tramaba algo contra ellos, y por lo que pudiera suceder enviaron un emisario al adelantado.

CAPITULO LXI.

Historia de un cuento.



NA circunstancia que nada tiene de extraordinaria, habia hecho creer á los indios que los papeles que usaban los españoles para comunicarse entre sí hablaban.

Aun á riesgo de repetir un cuento muy conocido, voy á manifestar á mis lectores el motivo en que los indios fundaban esta creencia.

Sabido es que los españoles tenían á su servicio algunos indios.

Un colono quiso obsequiar con media docena de plátanos á un su amigo, que se hallaba en una de las fortalezas.

Al efecto los colocó en una canastilla y le escribió una carta manifestándole que le enviaba seis plátanos.

Envió al indio, y éste por el camino se comió la mitad, no presentando más que tres á la persona que recibió el obsequio.

Entrególe los tres plátanos con la carta, y le observó atentamente.

—Este papel me dice, exclamó el obsequiado, que debes entregarme seis plátanos. ¿En qué consiste que solo me traes tres?

El indio, aterrorizado, confesó la verdad y pidió humildemente perdon.

A partir de aquel momento, no dudó de que el papel hablaba.

Contó lo que le habia pasado á sus compatriotas, y se generalizó la creencia.

Hé aquí el motivo por el cual vigilaban los indios coligados para destruir á los que defendian la fortaleza de la Concepcion, y registraban á todos los españoles que salian de ella, temiendo que llevasen algun papel que enterase al adelantado de lo que pasaba.

Pero el jefe del fuerte, de acuerdo ya con Bartolomé Colon, escribió en un papel sus temores y guardó aquella carta, sin que nadie lo viese, en el hueco de una caña.

Poco despues llamó á un indio de los que estaban á su servicio.

—Ve á entregar esta caña á nuestro jefe de la Isabela, le dijo, y de paso le manifiestas que estamos muy tranquilos y que nada hay que temer de los indios de la Vega Real.

El indio partió con el recado.

En el camino se le acercaron sus compatriotas.

Antes de hacer ninguna pregunta, observaron á ver si llevaba escondido algun papel, y despues de convencerse de que no lo llevaba, le preguntaron el objeto de su viaje.

Mucho se alegraron al saber la equivocada creencia que tenia el jefe de la fortaleza acerca de sus propósitos y les pareció que el viaje del indio era mucho más ventajoso para ellos que para él.

Dejáronle en libertad, recomendáronle que cumpliera la órden que habia recibido y se aprestaron al combate.

La conjuracion tomó cuerpo.

Mayabonex celebró algunas entrevistas con Guaorocaya, y de acuerdo con Umatex, el jefe de los Ciguayos, convinieron en que ántes de pagar el tributo, reunidos en gran número darian el golpe decisivo.

El indio no encontró en la Isabela á Colon, y fué inmediatamente á buscarle á Santo Domingo.

Al ver la caña comprendió que comunicaban alguna orden grave, y no tardó en saber los temores del jefe de la fortaleza de la Concepcion.

Desplegando su habitual energía, salió inmediatamente para la fortaleza con las tropas que pudo reunir, y á marchas forzadas llegó en el momento más oportuno.

Millares de indios ocupaban la llanura armados y dispuestos para empezar el combate.

Era necesario sorprenderlos, y sobre todo apoderarse de los caciques.

Despues de llegar sin ser visto á la fortaleza Bartolomé Colon, y aprovechando la oscuridad de la noche, salió de pronto del fuerte, llegó á las aldeas cuando todos sus moradores estaban entregados al sueño y se disponian para emprender el ataque al dia siguiente, se apoderó de los caciques, la voz de alarma cundió, los indios huyeron despavoridos, Guaorocaya, Umatex, y Mayabonex se dirigieron precipitadamente para ponerse en salvo al departamento de Higüey, y lograron los españoles destruir los planes de los indios sometiéndolos de nuevo y aprisionando á los caciques principales, motores de la conjuracion.

Entónces supo el sacrilegio que habian cometido, y la admiracion de los indigenas no tuvo límites cuando vieron que en el paraje en donde habian enterrado las efigies brotaron plantas, cuyos frutos crecieron milagrosamente tomando la forma de cruces (V).

Averiguó Bartolomé quiénes eran los que habian concebido y ejecutado aquel crimen, y no pudiendo apoderarse de Mayabonex, condenó á muerte á los dos caciques que una parte más activa habian tomado en la conspiracion y perdonó á los otros, despues de oír sus promesas de sumision y lealtad.

La Vega quedó pacificada, y el adelantado, que tenia que ir al departamento del Xaragua á recibir el tributo, aplazó para su vuelta la ejecucion de los dos caciques condenados á muerte.

Miéntas él con los suyos se dirigia á los dominios de Anacona, el infame Roldan, unido con los descontentos, fraguaba otra conspiracion, cuyo resultado podia ser el asesinato de Bartolomé.

CAPITULO LXII.

Donde verá el lector indios buenos y españoles malos.

Si cariñosa y afable había sido la acogida que Anacaona y sus vasallos dispensaron á Bartolomé Colon cuando fué por la primera vez á los Estados de Xaragua, no ménos afable y sincera fué la que en el segundo viaje halló en la ilustre reina.

Treinta y dos caciques inferiores aguardaban al adelantado.

Cada uno de ellos debian entregarle la parte de tributo que correspondia á los indios de su respectiva tribu.

El algodón que iban á ofrecerle ocupaba cinco ó seis chozas de las más grandes.

Ademas le ofrecieron gratuitamente todo el pan de cazabe que desearon, lo cual era entónces mucho más apreciable para Bartolomé que el algodón y el oro, puesto que los víveres escaseaban en la colonia, y con aquel refuerzo pudo acallar la impaciencia de los extenuados españoles.

Envió Bartolomé un emisario á la Isabela con la noticia de lo que le habia pasado, y dió orden para que una de las carabelas que estaban ancladas fuese por mar hasta la costa de Xaragua, con el objeto de trasportar el algodón y los víveres, producto de los tributos impuestos á los indios de la Vega.

El tiempo que pasó miéntras el mensajero llevó la orden y llegó la carabela, fueron los europeos objeto de las mayores atenciones por parte de los indios.

No solo Anacaona, sino hasta los caciques inferiores quisieron obsequiarles, y continuamente asistian á banquetes, entreteniendo su aburrimiento con danzas y cantares.

Al fin llegó la carabela, que ancló á seis millas de la residencia de Anacaona y ésta dispuso que sus vasallos condujeran el algodón y los víveres hasta la playa.

Debía partir el adelantado con los españoles en la carabela, y Anacaona, para demostrarles su deferencia, quiso visitarlos.

Queriendo saludarla con los honores de reina, mandó Bartolomé disparar un cañonazo.

Era la primera vez que oia aquel estruendo la esposa de Caonabo.

A pesar de su entereza se impresionó tan vivamente que cayó desmayada en los brazos de Bartolomé.

Mandó éste entónces á los escasos músicos que iban á bordo que ejecutasen algunas marchas, y no tardó en trocarse el miedo de los indios en sorpresa y deleite.

Al despedirse de Anacaona le hizo Bartolomé muchos regalos, despachó á la carabela y fué por tierra con algunos soldados á la Isabela.

Aquel viaje de Bartolomé fué muy provechoso para los asuntos de España.

Formó alianzas con los más poderosos caciques, y logró de ellos la promesa de pagarle tributo y adquirir víveres bastantes para formar almacenes y atender con más puntualidad á las necesidades de la colonia.

Con la alegría del éxito que alcanzaban sus negociaciones llegó á olvidarse del atentado cometido por los indios de la Vega, y de que dos caciques aguardaban su llegada para perecer en el cadalso.

Compasivo con los débiles, se habia calmado su indignacion, y llegó á la fortaleza en donde estaban los prisioneros muy dispuesto á perdonarles su enorme crimen.

Sin embargo, creían los descontentos capitaneados por Roldan que perecerían en la hoguera por haber profanado las imágenes divinas, y deseosos de llevar á cabo su plan, mientras Bartolomé recogía el tributo de los habitantes del departamento de Xaragua, Roldan habló á los suyos, se cercioró de que podía contar con ellos, y lo dispuso todo para tender una emboscada al adelantado en el momento en que asistiera á la ejecucion de los caciques, matarle, hacer sufrir la misma suerte á su hermano Diego, levantar la bandera de la insurreccion y fundar todos estos actos en su amor á la paz y prosperidad de la isla, en su deseo de salvar la honra y los intereses de los reyes de España.

La Providencia es justa.

Los conjurados convinieron en que cuando estuviese el pueblo reunido para presenciar la ejecucion armasen un tumulto los descontentos, aprovechando la conmocion para acercarse á Bartolomé y clavar en su pecho un puñal.

Al efecto, sin el consentimiento de Diego, abandonaron los conjurados la colonia para acercarse á los alrededores del fuerte de la Concepcion, en donde deberia levantarse el cadalso.

Pero Bartolomé perdonó á los caciques, conmutándoles el suplicio por el pago de un crecido tributo, y la conjuracion abortó.

Desesperados con aquella contrariedad los secuaces de Roldan, volvieron precipitadamente á la Isabela á participarle lo que pasaba.

No era Roldan hombre capaz de desistir por aquella, contrariedad, de su empeño.

Necesitaba un pretexto, y lo halló.

La carabela que por orden del adelantado habia ido á la costa de Xaragua para trasladar á la Isabela el tributo de

los habitantes de aquellos Estados, llegó al puerto de la colonia, y Diego, con arreglo á las instrucciones que tenia, mandó que el cargamento se trasladase á tierra y que se quedase en la playa la carabela.

Esta resolucion demostraba plenamente que tenian que renunciar los colonos á su esperanza.

Desesperados al ver que no tenian embarcaciones para trasladarse á España, habian acallado sus quejas desde el momento en que se empezaron á construir los dos buques por orden del adelantado.

Pero cuando vieron que el que estaba concluido carecia de la arboladura necesaria para emprender un largo viaje á través del Océano, cuando le vieron en la playa, su desesperacion creció de punto.

Roldan fomentó aquel malestar por todos los medios que estuvieron á su alcance.

—¿Veis cómo se confirman mis sospechas? dijo á los descontentos. ¿Veis cómo he adivinado los planes de los hermanos de Colon? Mientras nosotros no escarmentemos, seremos sus esclavos. Hoy se oponen á que la carabela vaya á la corte de España á dar noticia á los reyes de nuestro mísero estado porque temen que lleve la nueva de su tiránica conducta, porque saben que cuando conozcan los soberanos nuestros padecimientos, nuestros apuros, les exigirán la responsabilidad, perderán todo su privilegio y quedarán completamente arruinados.

—Pues no tiene maldita la gracia que seamos sus víctimas.

—Eso es lo que yo digo.

—Algun medio habrá de obligarles á que satisfaga nuestros justos deseos.

—Dos hay, uno que debemos emplear, por más que parezca estéril: la súplica; otro que será sin duda alguna eficaz: la rebelion.

—Pues acudamos á una y á otro.

—En mi concepto, lo que procede es que vayais á ver á don Diego para pedirle que bote al agua la carabela, y que la envíe á España con los enfermos, pidiéndole los auxilios que necesitéis.

—No aceptará.

—Eso es lo que podemos desear. Entónces, como vemos mejor que ellos el peligro que nos amenaza, como tenemos la obligacion de salvar los intereses de nuestros reyes, yo seré el primero que levante la bandera de la rebelion, yo seré el primero que me oponga á sus desatentados proyectos; y si me seguís todos, como espero, si logramos imponerle nuestra voluntad, cesarán los desórdenes, cesarán los apuros, y cuando ellos caigan en el abismo que han abierto á sus piés con el orgullo que les domina, nosotros, habiendo salvado los intereses de España, podremos presentarnos ante los reyes á recibir el premio á que seremos merecedores.

—Sí, sí; eso debe hacerse.

—¿Podré contar con vosotros?

—Hasta la muerte.

—Pues en ese caso, id unos cuantos en comision á hablar á don Diego.

—Guíanos tú.

—Ya sabéis que existen entre los dos grandes enemistades.

—No importa, tú eres nuestro jefe, natural es que nos acompañes.

—Por mi parte no me niego.

—Pues en marcha.

—En marcha.

—Y Roldan seguido de los más atrevidos y descontentos colonos, se dirigió al almirantazgo y pidió una entrevista al que hacia allí las veces del almirante y del adelantado.

CAPITULO LXIII.

Los rebeldes.

RECIBIÓLES Diego Colon con su acostumbrada afabilidad

—Venimos á quejarnos, le dijeron, de la triste situacion á que nos tienen reducidas las órdenes que habeis dictado.

—¿Qué quereis? preguntó Diego.

—Despues de lo mucho que hemos sufrido, dijo Roldan, hemos trabajado con ansia para la conclusion de la carabela, creyendo que una vez terminada y botada al agua nos serviria para llevar á España á los enfermos, noticiar al gobierno nuestro triste estado, pedir recursos y mejorar de suerte. Pero no ha sido así. La carabela ha hecho un viaje satisfactorio, ha regresado con el tributo de Xaragua, y en vez de permanecer á flote, ha sido por orden vuestra conducida á la playa, lo que quiere decir que éstais resuelto á que la colonia sea un cementerio.

—Os engañais, Roldan, dijo Diego. Si á costa de mi vida pudiera mejorar vuestra condicion y la mia, la sacrificaria gustoso, porque sé que de este modo complaceria á mi hermano el almirante, y complacerle es mi único deseo. Yo seria el primero que dispondria la partida del buque para la metrópoli si tuviera las condiciones necesarias para emprender tan largo viaje. Pero carece de ellas, no tiene arboladura.

Autorizar el viaje equivaldria á sentenciar á sus tripulantes á perecer desastrosamente en el fondo del mar.

—Difícil es la costa que ha recorrido, y sin embargo ha salvado todas las dificultades.

—Pero no es lo mismo navegar por una costa que atravesar el Océano.

—De cualquier modo la responsabilidad no seria vuestra.

—¿Cómo quereis que yo condene á una catástrofe á los que considero como hermanos míos? Tened paciencia; soportad con resignacion los sacrificios que el deber os impone.

—Hace ya mucho tiempo que esperamos.

—Servís á vuestro rey, á vuestra patria, contestó Diego.

—Decid más bien, exclamó uno de los más audaces, que servimos al almirante, que os servimos á vos.

—Si la desesperacion no disculpara hasta cierto punto ese lenguaje, no mereceriais siquiera que os contestase.

—Lo cierto es que el almirante hace ya mucho tiempo que partió y no vuelve.

—No será por su causa.

—Desde que llegaron las embarcaciones al mando de Pedro Alonso Niño, no ha vuelto ninguna otra.

Carecemos de víveres, no tenemos buques, y si los informes del investigador Aguado han prevenido á los reyes en contra del almirante, y le han hecho caer en desgracia; si han llegado á convencerse de lo estériles que son los sacrificios que se hacen en este ingrato suelo, ¿no pueden muy bien abandonarnos por completo?

—No lo creais: si la calumnia hubiera triunfado, que no habrá podido triunfar, los reyes se hubieran apresurado á enviar embarcaciones para que regresáramos á España.

—¿Y si las han enviado y se han perdido?

—Se hubiera sabido el siniestro, y aun á costa de los ma-

yores sacrificios habrian enviado una nueva escuadra para sacarnos de aquí.

—La prudencia aconseja que enviéis una de las carabelas, al ménos, á dar cuenta en España de nuestro triste estado.

—Eso de ningun modo.

—Pues bien; en ese caso, dijo Roldan, resuelto á jugar el todo por el todo, permitidme que os hable con franqueza. En vano tratais de alucinarnos. Vos y vuestros hermanos aspirais seguramente á hacernos víctimas de vuestras intrigas.

—¿Qué decís?

—No me retracto; y si no dáis la órden de que parta la carabela, es porque temeis que los que en ella van os acusen. Los que no son culpables nada temen.

—Callad y retiraos.

—Es que . . .

—Dad gracias á que conozco y deploro lo angustioso de vuestra situacion, y que atribuyo, màs que á desobediencia, á hondo pesar la causa que os mueve á hablarme de esa manera desmedida. Podria castigaros, pero os perdono. Emplead esa fuerza, ese vigor en sufrir con resignacion los padecimientos de que todos participamos.

Todos se retiraron murmurando, y Diego, que comprendia por la actitud de Roldan su pensamiento, careciendo de la suficiente energia para asustarle y contenerle, en cuyo caso habria sofocado la rebelion, creyó que lo que debia hacer era separarle de sus amigos, y al efecto le mandó á llamar.

Era ya tarde.

Roldan despues de separarse de Diego, habia hablado á sus prosélitos.

—Al fin son extrájeros los Colones, les dijo, rebelémonos contra su dominacion; arrebatemos de sus manos las riendas del gobierno, y si, como presumo, nos han dejado abandona-

dos, apoderándonos de la isla viviremos en ella algun tiempo en sabrosa paz, servidos por los indios, y atesorando el oro suficiente para poder enriquecernos y fabricar las carabelas necesarias para abandonar estas tierras y regresar á cualquier punto de Europa donde podamos disfrutar de nuestro tesoro.

Estas brillantes esperanzas sedujeron á los incautos y á los descontentos, y todos juraron obedecerle.

Por fortuna de la buena causa, no eran todos los habitantes de la colonia, y especialmente los que defendian los puertos militares, los que pensaban de esta manera.

Como hemos dicho, Diego llamó á Roldan.

—Tengo que comunicaros una orden importante, le dijo; se trata de salir á la Vega para atemorizar á algunos indios que se niegan á pagar el tributo, y esta mision no puede desempeñarla más que un hombre de toda mi confianza. Pero necesito que ántes me asegureis que las palabras que habeis pronunciado hoy mismo en mi presencia han sido dictadas por el despecho y que me jureis fidelidad.

Roldan vió en aquella proposicion una gran facilidad para la realizacion de sus planes.

Açudiendo á su habitual hipocresía, manifestó al almirante que si le habia hablado de aquel modo habia sido instigado por sus amigos, pero que podia estar seguro de su lealtad.

—En ese caso voy á poner á vuestra orden cuarenta hombres, y esta misma tarde partireis á la Vega.

Roldan designó á los que debian acompañarle.

Fué, en efecto, á desempeñar la comision que le habia confiado Diego, y una vez en la Vega, en lugar de amedrentar á los indios procuró coligarse con los caciques, se puso de su parte, asegurándoles que tenian razon al no querer pagar el tributo, acusó de tiránica la dominacion del almirante y de su hermano, y les ofreció, para que le ayudasen en su empre-

sa, dulcificar su suerte, si, como esperaba, se ponía al frente de la colonia.

No tardó en adquirir la seguridad de que los soldados que le acompañaban, y los caciques con los vasallos de sus tribus le ayudarian en su empresa, y contando con estos elementos se encaminó de nuevo á la colonia seguro de que no tardaria en apoderarse de ella con la cooperacion de los muchos colonos partidarios suyos.

Al dirigirse á la Isabela supo que habia llegado el adelantado, pero sin mucha gente, porque la habia dejado en Santo Domingo.

Bartolomé era más temible para él que Diego.

Pero contaba con muchos recursos, y no temió en arrostrar su indignacion.

Le mandó una comunicacion suplicándole que fuera á celebrar con él una entrevista á las inmediaciones de la Isabela.

Acudió, en efecto, á la cita, porque tenia noticias de su actitud y queria con su energía cortar el vuelo que le habia hecho tomar la debilidad de su hermano.

Roldan le manifestó que habia hecho lo posible para obligar á los caciques á pagar el tributo, pero que éstos habian pedido próroga al negarse á satisfacerle.

Resuelto como estaba á obedecer las órdenes de Diego, procuró ver si sus soldados estaban dispuestos á obligar á los caciques á cumplir por fuerza con sus deberes.

Pero todos se mostraban rehacios y aseguraban que si no partía á España una de las carabelas desobedecerian por completo á todos sus jefes.

—Por el contrario, añadió, si consentís que la carabela zarpe, mis soldados se comprometen á botarla al agua.

Bartolomé contestó con una profunda negativa.

—Ni vuestros soldados saben las maniobras necesarias pa-

ra botar al agua el buque, ni yo puedo consentir que una carabela de sus condiciones haga un viaje tan largo. De consiguiente, aseguradles en mi nombre que la carabela permanecerá donde está, y que si no obedecen haré con ellos un ejemplar castigo.

—Por mi parte, dijo Roldan, emplearé toda mi influencia; pero la creo inútil.

—Pues empleadla, dijo Bartolomé, porque os conozco demasiado, sé los proyectos que abrigais, y el primero que sufrirá el castigo sereis vos.

Y sin decir mas se separó de Roldan.

Notando éste que habia traslucido sus designios, y comprendiendo que no eran bastante firmes sus amigos de la Isabela para resistir la influencia del adelantado, resolvió buscar otro paraje más seguro para dar principio á la insurreccion, fundándola en el despotismo del adelantado.

Contaba con sesenta hombres armados y aguerridos, confiaba en que se agruparian bajo su bandera otros sesenta más de todos los descontentos de la isla.

Su plan fué sorprender el fuerte de la Concepcion, apoderarse de él, captarse la amistad de los caciques de la Vega eximiéndoles de pagar el tributo, y no dudaba que en posesion de aquel punto estratégico, y ayudado por los naturales del país, podrian desafiar impunemente las iras del adelantado.

Como los españoles estaban diseminados en muchas de las aldeas indias, tanto para vigilarlas como para restablecerse de sus enfermedades, fué recorriendo todas à fin de hacer prosélitos.

Al mismo tiempo que á los españoles, catequizaba á los indios.

Engrosadas sus filas hizo un tratado de alianza con uno de los caciques más poderosos, que habiéndose convertido al

cristianismo habia tomado el nombre de Diego Marqués, en cuya poblacion estableció Roldan su cuartel general.

Era un gran punto, por estar muy próximo á la fortaleza de la Concepcion.

Mandaba las fuerzas de este punto el capitán Miguel Ballester, hombre experimentado y valeroso.

Apénas se acercó Roldan á la fortaleza, se encerró en ella dispuesto á defenderla á toda costa.

No se desanimó Roldan.

Dirigiéndose á la ciudad en donde habia tenido su palacio Guarionex, conferenció con el capitán García de Barriantes, que estaba en ella al frente de treinta soldados para guarnecerla.

Al acercarse imitó este militar á Miguel Ballester.

Se encerró en el palacio del cacique, no permitió á su tropa trato de ningun género con los descontentos, y desoyó las súplicas y las amenazas de Roldan.

Desesperado éste, le amenazó con incendiar la casa.

Los rebeldes se opusieron á ello, porque García de Barriantes era muy querido á causa de su valor y su noble carácter.

Roldan se apoderó de los víveres que habia en la ciudad y se encaminó al fuerte de la Concepcion, dispuesto á apoderarse de él.